

El cuervo de la cabeza blanca se remonta en los aires, dejándose caer al pie del promontorio, donde espera á que baje el caudillo. Cuando éste toca al término de su descensión, el ave misteriosa emprende la marcha, caminando á saltos pequeños, y sin abandonar la costa, en que viene á romperse el oleaje de crestas de oro.

Prosiguen durante todo el día, sin abandonar la ribera blanqueada por la espuma; y cuando ya el Sol descende al seno de las ondas, rodeado de espesos y rojos celajes, el alado guía se aparta de las playas, internándose tierra adentro, á través de un pantano cenagoso, y cubierto de juncos verdes y altísimos.

Las nubes, amontonándose en el Occidente, envuelven el cadáver del Sol en un sudario de brumas, antes que descienda á su sepulcro.

La noche se adelanta, una noche sin astros y sin transparencia; la brisa murmura la oración de los muertos, sollozando melancólica entre los espesos juncos; el perfume de las flores, que se abren en la sombra, vaga en el espacio; el grito del chacal y el silbo de las aves nocturnas resuenan, confundiendo con esos rumores siniestros y misteriosos que nacen, tiemblan y se dilatan en el seno de la oscuridad, sin que podamos decir quién los produce.

—Ave inmortal,—exclama Pulo, deteniéndose en su camino;—hé aquí que la noche se ha apoderado de la Tierra, y que en balde procuro seguirte, pues la sombra te ha robado á mi vista.

El grito del chacal se oye cada vez más próximo: tú sabes que no le temo; mas estoy sin armas, y, por lo tanto, inhábil para defenderme de sus traidores ataques.

Tomo I.—Historia de la Caza



El vuelo de las aves nocturnas (leyenda india)

Volvamos atrás, y esperemos al día para proseguir nuestra jornada. Temerario valor juzgo el de aquél que arriesga su vida contra enemigos que no puede exterminar ó vencer; si al menos la Luna brillara en el cielo, su luz me guiaría á través de este pantano, donde á cada paso que doy temo encontrar la muerte, sepultándose en sus aguas cenagosas é inmóviles.

—No temas,—responde el cuervo;—el dios que nos envía cuidará de nosotros desde su elevación. Hé aquí la manera de salir con bien de este peligro: las llanuras que vamos á atravesar presenciaron la derrota de tu padre. Schiwen, celoso del culto que éste rendía, en el templo á que nos dirigimos, al genio que te protege; reunió en su daño á los guerreros de Cutac y de Lahore, que, ardiendo en sed de venganza contra su vencedor, se

juntaron entre las sombras de la noche para afilar las espadas que habían de herir á los predilectos de Vichenu.

Un día tu padre abandonó el templo para dirigirse á las selvas que se extienden al pie de la colina en cuya cumbre está oculto; de pronto una nube de polvo, blanca é intensa, que elevándose de la parte de oriente oscurecía la luz del Sol, atrajo su curiosidad.

—¿Qué nueva y numerosa caravana de peregrinos será la que se aproxima al templo de mi dios?—dice,

volviéndose á uno de los pérfidos radjás portadores de su escudo y su aljaba.

Éste, lanzando á sus compañeros una mirada de inteligencia, respondió al victorioso rey, con la sonrisa en los labios:

—¿Quién sabe cuál será el remoto país que envía este enjambre de peregrinos? La fama del asombroso templo de Cutac corre de boca en boca hasta los más remotos confines del mundo.

Tu padre, después de fijar nuevamente las miradas en aquella nube de polvo que se aproxima, y de la cual brotan centellas de fuego, exclama con voz terrible:

—¿Qué es esto? Los toscos *yaid*s de los peregrinos llamean al rayo del Sol como las armaduras de los guerreros de Lahore. ¿Oís? En las alas del viento llega confuso el eco de la terrible y bárbara armonía de sus trompas de guerra. ¡Oh! Ya no me queda duda; el enemigo que hollé á mis pies se endereza como la víbora para mordirme en ellos. No importa; veremos si los caudillos de Lahore han aprendido de nuevo á vencer, tras tantos años de acostumbrarse á huir.

—Valientes,—prosigue dirigiéndose á los que le acompañan;—dadme el arco y el escudo, desnudad vuestros aceros, y que las roncas bocinas de plata convoquen á mis huestes con sus bramidos.

Eldi-Salck, uno de sus traidores capitanes, por toda respuesta le hunde en el pecho su misma espada, de que era portador; y, blandiéndola después en los aires en ademán de triunfo, prorrumpe á voces:

—¡Ánimo, compañeros de esclavitud! ¡Ánimo, domeados ejércitos de Cutac y Lahore, desvanecidos un día al soplo del tirano como al del huracán el humo! ¡Ánimo! ¡nuestro país es libre!

En tanto, el infelice rey, revolcándose en su sangre, intenta en vano llamar en su socorro; la voz se ahoga en su garganta; hace una postrer tentativa para incorporarse, y cae á tierra muerto y con los puños crispados y tendidos hacia las bárbaras huestes, que se adelantan al bélico y rudo compás de sus instrumentos de bronce.

Los sacerdotes de Vichenú se aperiben de la sorpresa, y subiendo á las altas torres de la Pagoda llenan el ámbito de los aires con los terribles bramidos del caracol sagrado, al que responden en la llanura las bocinas de marfil de los guerreros de tu padre.

¿Dónde está nuestro caudillo, que no corre como el león al combate? ¿Por qué no vuela en primera fila su manto de púrpura y el schal amarillo que ciñe su frente? ¡Mi dueño! exclaman los valientes conquistadores de Cutac; y ninguno sabe decir dónde se encuentra el

señor de Osiria, que no responde al rumor de la batalla con el grito de guerra.

Los enemigos se adelantan, la llanura gime bajo el peso de sus carros y elefantes de guerra, y el eco de los lejanos montes repite sus salvajes alaridos. Suena la señal del combate y de la muerte. Los defensores de Vichenú espiran uno á uno al rigor del acero; el templo del dios es presa de las llamas, y con él la naciente ciudad que en sus inmediaciones levantó el rey de Osiria en honor del benéfico genio de Alababad.

Cuando llegó la noche, la espirante llama del incendio, arrojando sus temblorosos círculos de luz y de sombra sobre la llanura, chispeaba en el casco de los valientes que habían sucumbido á los golpes de Schiwen, y que yacían entre el polvo, cubiertos de sangre y de gloria.

El hondo silencio reinaba en el que fué teatro de la sangrienta lucha, silencio que sólo interrumpía el imponente estruendo de los muros, al desplomarse, abrasados por las silbadoras llamas, ó el ronco grito del chacal, que, ofuscado por el ardiente resplandor del fuego, rugía en su cueva, temeroso de lanzarse sobre los cadáveres insepultos.

Los vencedores abandonaron con el día la llanura, donde desde esa época nadie osa poner la planta, temiendo el enojo de Schiwen, que quiso tener en aquellos hogares un templo de ruinas, habitado por la soledad y el espanto.

Pulo escucha, sobrecogido de un religioso pavor, la historia del sangriento combate en que su padre perdió la vida; historia que en su país cantan las bayaderas al son de los címbalos, pero cuya terrible sencillez nunca había arrancado una lágrima tan ardiente á sus ojos cual la que entonces rodó abrasadora sobre su mejilla.

El cuervo prosigue así:—¿Ves allá, entre los espesos cañaverales, encenderse una llama ligera y cárdena, que vacila y corre sobre el haz de las fétidas aguas del pantano? Más lejos, al pie de la colina, donde á la sombra de un bosque sombrío se levanta un grosero sepulcro formado de piedras toscas é irregulares, ¿ves cómo se desarrolla el brillante fluido, y vuela sobre la tumba, y se detiene junto á los troncos de los árboles, y se multiplica, subdividiéndose en mil otras llamas fantásticas, ligeras y de un azulado resplandor?

Esos son los espíritus de los valientes que en defensa del genio que te protege sucumbieron al golpe de las hachas de Cutac. Dobla en tierra la rodilla, que tu padre va á dejar el seno de la tumba para guiarnos, á través de la noche, del pantano y de las sombras de

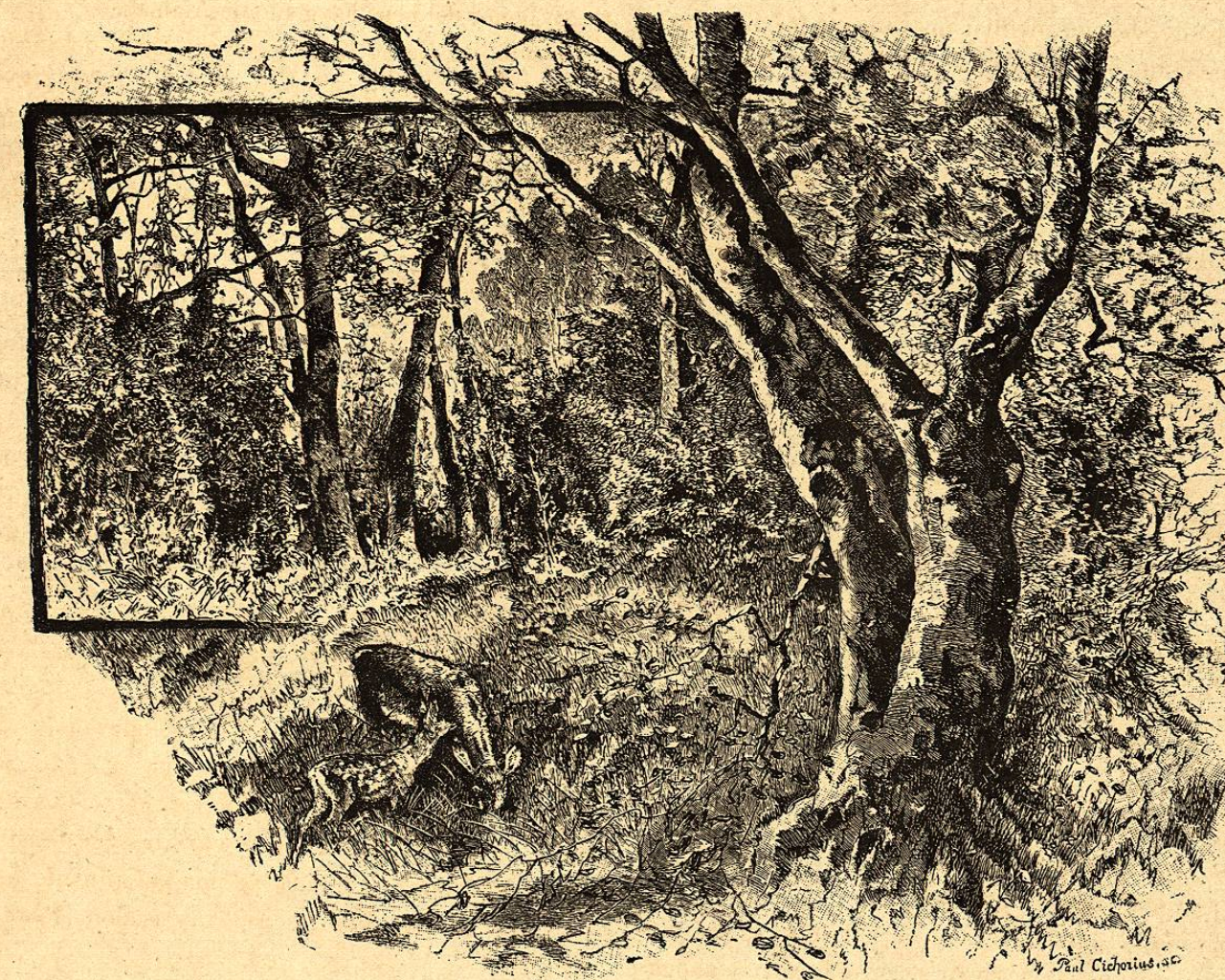
los valientes, al sitio en que cubiertos de musgo y escondidos entre las hierbas altas y silenciosas, hallaremos los restos mortales, única reliquia del ara de Vichenú.

Pulo se arrodilla, y del tosco sepulcro del bosque se levanta una llama roja, que lanzándose al vacío comienza á caminar con dirección al ocaso.

El cuervo sigue á la llama, y el príncipe al cuervo.

De repente aquella se detiene sobre la cumbre de la colina, en cuya falda duerme el viento de la noche, suspirando entre las hojas de los árboles.

El pájaro de la cabeza blanca tiende el vuelo, y cerniéndose en los aires sobre las ruinas de la Pagoda llama con una voz al caudillo; éste, maravillado y absorto, sube la suave pendiente que conduce al término de su peregrinación.



La selva de Cutac (leyenda venatoria india)

—Vuelve á tu reino; derrama tus tesoros y trae en tu compañía los artifices más celebrados que en él encuentres. Á la luz del sol durante el día, á la de las antorchas durante la noche, que no se dé un minuto de reposo á la ociosidad, fatigando el eco de estos solitarios lugares con el alegre y bullicioso clamor de los trabajadores, á los rudos y sonoros golpes del martillo.

Seis años tienes de término para reedificar la Pagoda que llenará el mundo de admiración, y alrededor

de cuyas altísimas torres se agruparán las nubes y es-tallarán las tempestades, como en las crestas de las montañas. Sedas hay en Cachemir, oro en Siam, cedros en Katuy, elefantes en Lahore y perlas en el golfo de Ormuz. Recorre estos países, y con sus ofrendas y tus adquisiciones la Pagoda de nuestro dios resplandecerá como los astros, flotantes moradas de los genios.

Entonces se traba en el alma de Pulo una lucha entre la curiosidad y el temor, lucha que concluye con el triunfo de aquella.